

# NUEVO CINE MEXICANO

## *ni celebraciones ni duelos*

LEONARDO GARCÍA TSAO

¿Existe nuevamente el cine mexicano de calidad? ¿O es un espejismo, un *wishful thinking* de funcionarios? Esas preguntas se han vuelto tan comunes en el presente año que de algún modo prueban que, en efecto, *algo* está pasando con el cine mexicano (cuando el río suena...)- De hecho, se ha puesto de moda discutir el tema entre cierta *intelligentsia*, que antes no iba a ver películas nacionales ni bajo amenaza (en las Muestras aprovechaba el día de la cinta mexicana para descansar). En cualquier círculo intelectual ya se comenta sobre *Danzón* o *Cabeza de Vaca* como antes se hablaba de Woody Allen o de Fellini. Y en el colmo, hasta una revista de valores televisivos como *Somos* (o *Eres*, o alguna otra conjugación del verbo "ser"), ha incluido reportajes sobre el renacimiento del cine mexicano.

En mi caso personal, esta debe ser la cuarta vez que se me pide un artículo sobre el asunto. Lo curioso es constatar cómo la situación ha ido cambiando con el paso del tiempo. A mediados de 1990 escribí uno titulado "Variaciones sobre la misma crisis" para la revista *Memoria de papel*; para cuando se publicó, a principios de 1991, varios de mis apuntes -pesimistas, en general- ya no eran válidos. Ejemplo: señalaba como uno de tantos problemas el que las películas mexicanas de calidad no encontraban a su público. Eso lo ha desmentido el considerable éxito en taquilla de *Danzón* y *La tarea*, más las entradas muy satisfactorias de *La mujer de Benjamín*, entre otras. Es evidente que una buena parte del público, cansado de los subproductos sobre mecánicos albureros o narcotraficantes fronterizos, ha respondido con entusiasmo a un cine que le puede divertir sin insultar su inteligencia. Pero eso aún no era claro hace dos años.

En esa misma revista, otro artículo mencionaba que el cine mexicano ya no interesaba en los principales festivales cinematográficos. Y ocurre que 1991 ha sido el año de la mayor proyección internacional en toda su historia: en el festival de Berlín se exhibieron 11 películas repartidas en tres secciones -con *Cabeza de Vaca* en la competencia-; en Cannes, dos cintas -*Danzón* y *La mujer del puerto*- rompieron una larga ausencia en dicho festival y además fueron las únicas representantes del cine iberoamericano; en Toronto, una de sus secciones principales fue dedicada a la exhibición de 18 producciones recientes; en Venecia fue invitada a participar *La mujer de Benjamín* (no pudo ir por un asunto burocrático, pero el hecho es que fue seleccionada); en otros certámenes -Moscú, Taormina, Montreal, Biarritz, Valladolid- ha habido una importante representación mexicana, con premios en todos los casos.

O sea, que el cine mexicano actual goza de éxito en su propio terreno y en el extranjero. ¿Ya se pueden echar las campanas a vuelo? Aún sería prematuro, porque todo eso ha ocurrido en un año y antes de empezar a hablar de una *nueva ola mexicana*, habría que comprobar que el fenómeno se pueda sostener más allá de la buena voluntad política. Por otra parte, si bien es sano mantener cierto escepticismo (para que no digan que nos fuimos con la finta), tampoco se debe caer en la negación obstinada de quienes han hecho carrera de denostar al cine nacional. Sintomáticamente, dicha postura ha sido mantenida no sólo por críticos de dudosa reputación sino también por cineastas resentidos de la vieja guardia (no los que han llevado una filmografía ilustre, desde luego, sino los que se han caracterizado por su mediocridad).

Entre los sofismas utilizados para refutar el resurgimiento, se dice que la presencia mexicana en los festivales se debe a la retracción de otras cinematografías latinoamericanas, como la brasileña y la argentina. Es decir, que México ha ganado por *default*. No es así. Los festivales de cine no son concursos de belleza donde deben participar todos los países o todas las regiones, aunque las concursantes estén feas. Cuando hace diez años, por ejemplo, no había buen cine asiático -chino, taiwanés, coreano- no se programaba y punto. Ahora, en cambio, es una presencia constante y no cumple funciones de peor es nada.

Que el cine mexicano pasa por un momento afortunado -al menos durante el año pasado- es un hecho. Eso se debe fundamentalmente a dos razones: una, el apoyo estatal a través del Imcine, que ha fungido como instancia coproductora de proyectos que son aprobados por los méritos del guión y por su capacidad de aportar una parte de la inversión necesaria; y dos, la confluencia de tres generaciones de cineastas. La primera es importante porque se ha comprobado, en los dos sexenios anteriores, que cuando el cine no le interesa al Estado, entra en un estado catatónico; si bien no todas las cintas de calidad han sido coproducidas por el Imcine -*Rojo amanecer* y *La tarea* son de compañías privadas-, la mayoría sí lo han sido. Lo válido de la propuesta del Imcine es asegurar, hasta cierto punto, que los cineastas se conviertan en productores y puedan ellos, en un futuro, levantar sus proyectos sin tanta dependencia estatal, y así lograr sobrevivir a los vaivenes sexenales.

Si algo caracterizó el cine del sexenio echeverrista, el anterior y efímero periodo de auge, fue su tendencia al cine histórico-político de gran producción. Si algo caracteriza al presente es el no tener una tendencia particular. Resultado, sin duda, de la variedad de intereses y estilos que reúnen realizadores tan diversos como Carlos Carrera, Nicolás Echeverría, Jaime Humberto Hermosillo, María No-varo, Arturo Ripstein y Dana Rotberg, por mencionar unos cuantos. En consecuencia, se han visto relatos épicos situados en el pasado (*Cabeza de Vaca*, *Retorno a Aztlán*), comedias sobre la pareja (*Intimidación*, *La mujer de Benjamín*, *La*

*tarea*), descripciones sobre personajes femeninos (*Danzón, Los pasos de Ana*), películas biográficas (*Goitia*), homenajes *camp* (*La leyenda de una máscara*), *remakes* intensamente sórdidos (*La mujer del puerto*) y hasta un *western* (*Bandidos*). Los alcances y logros son dispares, por supuesto, y esa apreciación depende como siempre de la subjetividad. Lo único uniforme es la capacidad formal de los realizadores; en cuanto a su factura, este cine mexicano cumple los requisitos del Tratado de Libre Comercio.

Esos son los puntos a favor, los que pueden garantizar cierta permanencia al menos hasta que finalice el sexenio. Por otro lado, persisten los problemas habituales en las áreas sindicales, en la distribución y exhibición, en la difícil recuperación al precio actual del boleto, en las limitaciones económicas. Por lo pronto, sobre la difusión del buen cine mexicano pende una espada de Damocles del tamaño de la cruz en la secuencia final de *Cabeza de Vaca*: la venta de Compañía Operadora de Teatros, la paraestatal que administraba y programaba la mayoría de los cines en el país. A menos que el Estado se quede con algunas de las salas, se corre el riesgo de que los nuevos productos de calidad no tengan dónde ser proyectados, porque los nuevos exhibidores preferirán seguros éxitos hollywoodenses como *Terminator*.

No celebremos antes de tiempo el renacimiento del cine mexicano... pero tampoco lo enterremos cuando apenas está recién parido.

Leonardo García Tsao es crítico y guionista de cine, autor de cinco libros en la materia y colaborador del periódico *El Nacional*.